

IN MEMORIAM

En memoria del Dr. D. Guillermo Suárez Fernández*

Elías Fernando Rodríguez Ferri, Lucas Domínguez Rodríguez, María de los Ángeles Calvo Torras, María Teresa Cutuli de Simón, Joaquín Goyache Goñi, Fidel San Román Ascaso y José Javier Etayo Gordejuela
publicaciones@rade.es



Académico de Número de la Sección de Veterinaria, medalla número 80.

En su toma de posesión, celebrada el día 07-05-1982, pronunció el discurso de ingreso: *La profesión veterinaria en el desarrollo histórico de la microbiología española*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=80>

* Palabras pronunciadas. en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Guillermo Suárez Fernández celebrada el 19-02-2025.

<https://www.rade.es/pagina.php?item=1638>

DR. D. LUCAS DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ

Excelentísimo Sr Presidente, Excelentísimos señores académicos, familia, amigos, señoras y señores,

Debo confesarles que he desechado más de una docena de borradores en mi afán por encontrar las palabras adecuadas que habrían complacido a Don Guillermo Suárez, al Profesor Suárez, a Mi Maestro, en este solemne acto. Sobre un aspecto no albergo duda alguna, se sentiría profundamente turbado si me dedicara a exaltar su figura.

Es cierto que entre nosotros, solamente en contadas ocasiones, logramos trascender la relación entre maestro y discípulo, no obstante, siempre percibí un destello especial en su mirada cuando la conversación versaba sobre su familia, su querida tierra leonesa, sus amigos, así como sobre sus discípulos y colaboradores. Jamás le oí adjudicarse mérito alguno en primera persona; cuando debíamos comentar algún logro, resultado o éxito, estos siempre aparecían vinculados a la labor de otros, nunca a la suya propia.

Si relevantes y visibles fueron sus logros científicos, académicos y en la gestión universitaria, no menos trascendente resultó su faceta humana, mucho más íntima y discreta, a la que solo unos pocos privilegiados tuvimos el honor de acceder y admirar. Representó la síntesis perfecta entre el erudito y el mentor, entre el investigador incansable y el maestro comprometido. Su capacidad para generar conocimiento, formar discípulos y articular equipos de trabajo convirtió su trayectoria en un ejemplo de dedicación y visión académica. Su legado no se limita únicamente a su impacto en el ámbito académico, no solo se mide en publicaciones, proyectos o avances científicos, sino en la huella que dejó en cada uno de los que tuvimos la fortuna de aprender de él. Don Guillermo, encarnaba con plenitud el ideal del hombre renacentista, dotado de un conocimiento enciclopédico que abarcaba innumerables disciplinas y que supo aplicar con rigor, excelencia y una profunda vocación de servicio en todas las esferas de su vida, desempeñando un papel crucial en la formación de nuestro carácter y en la configuración de nuestra visión de la universidad y de la labor académica, forjando un legado desde el silencio, un silencio tan elocuente y profundo que, aún hoy, continua siendo un ejemplo para nosotros. No cabe la menor duda de que a día de hoy puede hablarse, con pleno fundamento, de la "Escuela del Profesor Suárez", a la cual muchos nos sentimos profundamente honrados de pertenecer.

Don Guillermo supo inspirar sin imponer, transformar sin alardear y dejar un legado sin necesidad de reclamarlo. Su ausencia se siente, pero su obra y su ejemplo permanecen, guiando a quienes seguimos recorriendo el camino que él trazó con maestría, integridad y una pasión inquebrantable por el saber. Sinceramente, a lo largo de nuestra prolongada relación, jamás me sentí presionado por él; sin embargo, con el tiempo, he llegado a comprender que en la mayoría

de las ocasiones, inadvertidamente, adopté las soluciones que, a su juicio, eran las más acertadas. En cualquier caso, ajeno a intrigas y públicas censuras, en muy limitadas ocasiones le escuché un reproche, casi siempre justificado, hacia algún colaborador o miembro de su equipo.

Pero más allá de sus contribuciones científicas y docentes, don Guillermo poseía una cualidad que solo los grandes maestros atesoran: supo llegar a la facultad, supo estar en ella con una presencia discreta pero transformadora, y, como corresponde a quienes dejan una huella imborrable, supo despedirse con la dignidad y elegancia que siempre lo caracterizaron. Sí trascendental fue la figura de don Guillermo para sus discípulos, no lo fue menos, para el conjunto del departamento, la facultad, y, en un sentido más amplio, para la universidad y otros ámbitos académicos y científicos. En todos estos espacios dejó una impronta indeleble, marcando camino y estableciendo retos que han guiado a quienes siguieron sus pasos.

En el año 1977, cuando el profesor Suárez se incorporó a la Facultad de Veterinaria de Madrid en la cátedra de Microbiología e Inmunología, incentivado por el profesor Gaspar González—decano y firmemente comprometido con la modernización docente e investigadora de la facultad... la mayoría del cuerpo docente mantenía una vinculación no permanente con la universidad. Salvo contadas y honrosas excepciones, para muchos, la labor académica representaba una ocupación secundaria, limitándose a impartir sus clases con la dignidad y el rigor que les correspondían, pero sin una dedicación exclusiva. Asimismo, con escasas excepciones, la actividad investigadora era prácticamente inexistente: los proyectos en marcha eran reducidos, el nivel de las publicaciones resultaba sumamente limitado y pocos graduados mostraban interés en proseguir estudios doctorales dentro de la universidad. Si bien la retribución económica podría haber constituido un obstáculo, lo cierto es que se adolecía de un proyecto capaz de amalgamar talentos y voluntades para transformar nuestra entonces modesta facultad en lo que es hoy: una de las mejores del mundo. Supuso una auténtica revolución intelectual y académica, un soplo de aire fresco que transformó la dinámica existente, elevándola a estándares europeos con un rigor y una visión de futuro inigualables. Y lo hizo con una medida exquisita, con un tacto impecable, con una ausencia absoluta de estridencias y de afán de protagonismo.

El proceso lo inicia en su cátedra recién estrenada, el profesor Suárez aceptó e integró a la totalidad del personal docente vinculado, fuera de su agrado o no, respetando la estructura existente. No obstante, estableció como principio ineludible que la universidad debía constituir el centro primordial de su actividad profesional, exigiéndoles, al igual que él mismo asumió, una dedicación primordial que implicaba una vinculación a tiempo completo. Este riguroso compromiso con la institución derivó, en un corto periodo de tiempo y no sin esfuerzo, en una reconfiguración sustancial de la plantilla docente, sentando así las bases de lo que se consolidaría como uno de los departamentos más prestigiosos en su especialidad. En este proceso, merece una mención especial la incorporación del profesor Rodríguez Ferri, quien,

desde su llegada hasta su posterior traslado a León, desempeñó un apoyo y papel fundamental en la materialización de la transformación impulsada por el profesor Guillermo Suarez.

El siguiente paso en esta reforma estructural fue la implementación de un ambicioso programa de captación de talento, dirigido a la incorporación de los egresados más brillantes de la facultad, junto con la consecución de proyectos de investigación que garantizaran la financiación de las nuevas líneas de trabajo de la cátedra. Asimismo, estableció como requisito ineludible la participación activa en congresos y foros internacionales, así como la publicación en revistas de alto impacto, lo que transformó radicalmente la proyección del departamento en un tiempo sorprendentemente breve.

Resulta aún difícil comprender cómo un equipo conformado por tan solo tres profesores a tiempo completo, uno a tiempo parcial y un grupo de ayudantes y becarios pudo asumir la responsabilidad de impartir docencia a más de mil alumnos en jornadas de mañana y tarde, cinco días a la semana, sin menoscabo de las labores de gestión de la Facultad y de la compleja tarea de renovación de los planes de estudio en Veterinaria. Todo ello, además, en un ambiente de camaradería y sana competencia, enmarcando una de las etapas más fructíferas en la historia del actual Departamento de Sanidad Animal.

Esta visión y política universitaria, que el profesor Suárez Fernández promovió con determinación, logró impregnar el conjunto de los departamentos desde su cargo como decano. Enriqueció, no solo, el conocimiento en Microbiología e Inmunología Veterinaria, sino que también fortaleció el desarrollo académico e institucional, contribuyendo a la consolidación de una tradición científica rigurosa y de excelencia para convertirse en un referente ineludible dentro de las Ciencias Veterinarias. Su presencia en la facultad fue un verdadero punto de inflexión. No solo modernizó métodos y perspectivas, sino que lo hizo con una naturalidad y una discreción admirables. En él se conjugaban la autoridad intelectual y la humildad del verdadero sabio, aquel que no busca protagonismo, sino que trabaja en favor del conocimiento y del desarrollo de futuras generaciones.

En esta labor, en su última etapa de decano, contó con el respaldo de otro ilustre académico y mente privilegiada, el rector Gustavo Villapalos, presidente de esta docta academia y gran amigo de don Guillermo. El tiempo, la justicia y quizá también el azar, o todo ello al mismo tiempo, terminaron por concederles la razón. Tras la aprobación de la Ley de Reforma Universitaria, la dignificación y estabilización del profesorado, la dotación de nuevas plazas sobre la base de capacidad y mérito y la aprobación de unos presupuestos adecuados a los nuevos tiempos, convirtieron a los incipientes departamentos en el instrumento de cambio que nuestra universidad requería para esa inacabada tarea de seguir siendo la referencia que nuestra sociedad necesita.

Y... se marchó en silencio..., del mismo modo en que llegó. Aquella figura que había sido referente ineludible en múltiples ámbitos y determinante en el destino de tantas personas e instituciones se retiró discretamente de sus responsabilidades, sin reivindicaciones ni reproches, fiel a su carácter. No obstante, desde su posición de prócer de esta comunidad académica, mantuvo su actividad intelectual hasta donde sus fuerzas se lo permitieron, siguiendo —y firmemente creo sigue todavía— ofreciéndonos su orientación y referencia en la medida de nuestras necesidades.

Profesor Don Guillermo Suárez Fernández, MAESTRO, con mayúsculas, en el más amplio y noble sentido del término, has representado un ejemplo insigne de entrega y erudición. Haber tenido la oportunidad de aprender a tu lado y, con humildad, seguir tus pasos, ha sido un auténtico honor.

Excelentísimo Sr Presidente, permítame concluir, con los conmovedores versos de la última estrofa de la *Elegía* de Miguel Hernández a su gran amigo, que, para mí, evocan la hondura de una relación que se ha visto interrumpida y que me gustará recuperar en algún tiempo:

*"A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero."*